

BILLION DOLLAR BABY

De gira con
**ALICE
COOPER**



Bob Greene

Traducción: Óscar Palmer Yáñez



ES POP ENSAYO
ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:
Billion Dollar Baby
Atheneum
Nueva York, 1974

ES POP ENSAYO Nº 36
1ª EDICIÓN: JUNIO 2026

Publicado por
ES POP EDICIONES
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid
www.espop.es

Published by arrangement with
William Morris Endeavor Entertainment, LLC.
Copyright © 1974 by Bob Greene
© 2026 de la traducción: Óscar Palmer Yáñez
© 2026 de esta edición: Es Pop Ediciones

El autor agradece la autorización para reproducir las letras de las siguientes canciones: “Dead Babies” © 1971 by Ezra Music. “I’m Eighteen” © 1971 by Bizarre Music Corp. / Alive Enterprises. “Billion Dollar Babies” © 1973 by Ezra Music. “Elected” © 1973 by Ezra Music. “Generation Landslide” © 1973 by Ezra Music. “Hard Hearted Alice” © 1973 by Ezra Music. “I Love the Dead” © 1973 by Ezra Music. “Muscle of Love” © 1973 by Ezra Music. “Never Been Sold Before” © 1973 by Ezra Music. “Sick Things” © 1973 by Ezra Music. “Unfinished Sweet” © 1973 by Ezra Music. “Woman Machine” © 1973 by Ezra Music.

REVISIÓN Y CORRECCIÓN DE PRUEBAS:
Manuela Carmona y David Muñoz

DISEÑO Y MAQUETA:
El Pulpo Design

LOGO:
Gabi Beltrán

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN:
Huertas

Impreso en España
ISBN: 978-84-17645-28-1
Depósito legal: M-14192-2026

Uno

LA NOCHE ANTES DE QUE TODO EMPEZARA, terminé de preparar la maleta en un tris y supe que sería incapaz de dormir. Estuve un rato dando vueltas sin rumbo por mi apartamento hasta que, al final, opté por poner una pila de álbumes en el tocadiscos y me recosté en el sofá a reflexionar sobre lo que me aguardaba.

A la mañana siguiente, debía coger un vuelo para incorporarme a una banda de rock and roll como miembro de su gira itinerante. Yo no era músico; era periodista y jamás en la vida me había plantado sobre un escenario ni delante de un micrófono en un estudio de grabación. Simplemente era una más entre las decenas de millones de personas que componen el abundante público consumidor de rock and roll. Compraba discos y asistía con frecuencia a conciertos. Pero ahora, al cabo de unas pocas horas, iba a encontrarme por primera vez al otro lado de las candilejas.

Tampoco soy «periodista musical» ni tengo nada que ver con esos reseñistas cuyo único afán es redactar críticas de álbumes y conciertos. Firmaba una columna de interés general en el *Sun-Times* de Chicago y, de un tiempo a esta parte, había dedicado mucho más tiempo a escribir sobre el testimonio de John Erlichman frente al Comité del Senado encargado de investigar el caso Watergate que a seguir las andanzas de las estrellas de rock. Aun así, lo primero que hacía cada día cuando volvía a casa al término de mi jornada laboral era encender la radio o el equipo de música y subir el volumen. No

podía evitarlo. Mi vida había cambiado mucho desde aquella noche de hacía diecisiete años, cuando, siendo todavía un alumno de tercero en Columbus (Ohio), vi por primera vez, sentado en el salón de casa junto a mis padres y como sumido en un trance, los contoneos y la sonrisa burlona de Elvis Presley en el programa de Ed Sullivan. Ahora tenía veintiséis años y lo único que no había cambiado era mi incurable pasión por el rock and roll. Por eso me hallaba a punto de partir de viaje para experimentar la vida de una estrella de rock, empeñado en descubrir cómo es realmente ese mundo visto desde dentro.

Las gigantescas giras roqueras encarnan una fantástica quimera que ha prendido por todo el planeta la imaginación de millones de personas, muchas de las cuales han anhelado, al menos durante unos breves instantes, llegar a participar en alguna, aunque sólo sea para confirmar que realmente *alguien* está llevando esa clase de vida. Si en las décadas de 1920, 1930 y 1940 el sueño de cualquier chaval era acabar siendo jugador de los New York Yankees o los Brooklyn Dodgers, a finales de los setenta el sueño del adolescente estadounidense había pasado a ser el sueño del rock and roll; sus ídolos ya no eran deportistas, sino roqueros. Y las giras de ámbito nacional —con sus vuelos en aviones privados, sus hoteles de lujo, sus pabellones llenos a reventar, sus jóvenes atractivas y su desorbitado beneficio económico— reunían todas las facetas de ese sueño.

Previamente, había seguido en varias ocasiones a diversos grupos notables durante breves periodos de tiempo con objeto de realizar artículos para el periódico y otras publicaciones. Todas estas aproximaciones al mundo de «la carretera» me habían resultado interesantes, disfrutables y divertidas, pero también frustrantes, ya que salí de todas ellas albergando aún la impresión de no haber arañado siquiera la superficie de lo que debe de ser la vida en el mundo del rock and roll. Y mi conclusión siempre era la misma: no lo había hecho porque en realidad *no estaba* viviendo en ese mundo, no era más que un turista llegado del mundo real con un pase de tres días.

Se me ocurrió que, si deseaba observar en serio la vida de las estrellas de rock, debía hacerlo desde la perspectiva de un participante

activo en una gira. Quería unirme a un grupo que estuviera, en aquel preciso momento, cosechando todos los frutos del sueño roquero, y quería experimentar lo que se sentía formando parte de esa cosecha; comprobar si el sueño seguía teniendo el mismo lustre visto desde el otro lado.

Conseguí llegar a un acuerdo con una banda. Y no con una cualquiera. En aquel momento —pocas semanas antes de acabar el año 1973— no había en el mundo otro grupo con mayor tirón comercial que aquel conjunto de cinco músicos liderado por un cantante masculino que respondía al nombre de Alice Cooper. En lo que llevábamos de año, la Alice Cooper Band había actuado en directo frente a ochocientas mil personas, recaudando más de cuatro millones y medio de dólares en taquilla. Su disco más reciente, *Billion Dollar Babies*, había llegado al número uno en la lista de los álbumes más vendidos en Estados Unidos. Una encuesta realizada por un destacado semanario musical británico la había coronado como «mejor banda del año», al tiempo que señalaba “School’s Out” como «mejor *single* del año» y al propio Alice como «mejor vocalista masculino». Si sumamos los discos, los conciertos, los programas conmemorativos, la mercadotecnia y los derechos de autor, la Alice Cooper Band había ingresado un total de diecisiete millones de dólares en un solo año fiscal.

De un tiempo a esta parte, Alice Cooper también se había convertido en la banda más comentada del mundo, suscitando artículos en revistas como *Time* (con dos páginas de fotografías a color) y *Newsweek*. Alice en solitario había sido objeto de semblanzas en publicaciones tan diversas como *Cosmopolitan*, *Harper’s* o el *Washington Post*. Que *Rolling Stone* le dedicase una portada entraba dentro de lo previsible; que *Forbes*, la revista de economía, hubiera hecho otro tanto ya no era tan habitual.

No resultaba difícil discernir el motivo por el cual Alice Cooper se había convertido en el grupo de rock más conspicuo del momento. Uno de los factores principales era su espectáculo escénico, una combinación de sexualidad burlona y violencia sanguinolenta que había suscitado una avalancha de interés mediático, reacciones airadas y

ríos de tinta que tachaban al grupo de malsano, degenerado, pervertido, obsceno e incluso de «prácticamente nazi». Aunque Alice Cooper es un conjunto estadounidense, su notoriedad es universal: en mayo, el parlamentario británico Leo Abse había presentado ante su Gobierno una solicitud para que se prohibiesen las actuaciones del grupo en el Reino Unido. Según Abse, su petición vino motivada por una charla mantenida con sus hijos: Toby, de dieciséis años, y Batsheba, de quince. «Me cuentan que Alice está como una verdadera cabra y no podría estar más de acuerdo con ellos. Considero que sus conciertos incitan a su público adolescente al infanticidio. Pretende deliberadamente involucrar a los críos en el sadomasoquismo. Les vende una cultura de campo de concentración. El pop es una cosa; los himnos a la necrofilia, otra muy distinta».

Numerosos adultos de Estados Unidos habrían suscrito sin titubear las palabras de Abse, pero si la Alice Cooper Band había ganado celebridad gracias a sus extravagantes excesos, la publicidad negativa únicamente estaba sirviendo para enriquecer a sus miembros. A finales de 1973, no había en la industria del espectáculo un fenómeno más destacable que el de Alice Cooper. Cuando Bob Dylan anunció su esperado regreso a los escenarios para primeros de 1974, uno de sus músicos declaró no estar muy seguro de cómo iba a ser la reacción del público, «porque nosotros no decapitamos a nadie todas las noches», en referencia a uno de los números más célebres en los conciertos de Cooper.

Tan pronto como los chicos de Alice Cooper consintieron en aceptar mi incorporación, pasamos a ultimar los detalles: en primer lugar, viajaría a Nueva York para grabar coros en el nuevo LP de la banda. Después —varias semanas después, de hecho— saldría con ellos de gira. Iba a tratarse de un *tour* navideño de un mes de duración, programado para coincidir con el lanzamiento del nuevo álbum. Volaría en sus aviones y viajaría en sus limusinas, me alojaría con ellos en sus hoteles, y todas y cada una de las noches intervendría en su estrambótico espectáculo escénico. Afortunadamente, no tuve problemas para que mi periódico me concediera un periodo sabático; mi expediente

de Recursos Humanos en el *Sun-Times* contiene ahora una copia del impreso de solicitud de baja temporal «para participar en el *Billion Dollar Babies Holiday Tour* de Alice Cooper». Una descripción tan certera como cualquier otra, pues durante una extraña temporada de mi vida iba a convertirme, aunque fuese de manera efímera, en un *billion dollar baby* en activo.

Dos

LA COSA VENÍA GESTÁNDOSE DESDE ABRIL

de aquel mismo año. Me encontraba pasando un fin de semana en Indianápolis para participar en un seminario de periodismo en la Universidad Central de Indiana, algo que solía hacer siempre que disponía de tiempo libre, pues era una manera fácil de ganarme un dinerillo extra para gastos y una buena excusa para salir de Chicago un par de días. La fórmula era siempre la misma: desplazarse hasta la ciudad indicada, intervenir en un par de mesas redondas, hablar sobre la libertad de prensa, el derecho al anonimato de las fuentes y la responsabilidad social de los periodistas, compartir unas copas con profesores y alumnos en el inevitable pisolabis organizado por la facultad y volver a casa.

Sin embargo, aquel fin de semana en Indianápolis prometía ser un poco muermo. Aparte de su reducido tamaño, la Universidad Central depende de la Iglesia metodista; se trata de un campus muy sobrio y mi alojamiento consistía en un cuarto como de colegio mayor ubicado en el mismo edificio que albergaba la cafetería de la facultad. Así pues, la tarde del sábado, tras haber dado una charla frente a una clase de Lengua inglesa, me encontré tirado en la cama, contemplando el techo de mi cuarto y preguntándome a qué iba a dedicar la velada.

Me di un paseo hasta la sede del sindicato estudiantil, encontré un ejemplar del *Indianapolis Star* y lo abrí por la sección de ocio y cultura para ver si echaban alguna película interesante en el centro. Un

gran anuncio a media página captó de inmediato mi atención: **ESTA NOCHE - ENTRADAS AGOTADAS - EL SHOW DE ALICE COOPER.**

Estupendo. Una buena manera de animar la noche. Conocía ligeramente a los chicos de Alice Cooper. En el último par de años había escrito sobre ellos en varias ocasiones y, en el proceso de documentarme para mis artículos, acabé desarrollando una leve familiaridad con Alice y otros miembros del grupo, así como con su representante, Shep Gordon. Supuse que podría telefonear a Shep al hotel donde se alojaba la banda y quedar con él para cenar. Mi única alternativa era la cafetería de la Universidad Central.

Sabía que la nueva gira de Cooper era formidable. *Billion Dollar Babies* iba camino de convertirse en el álbum más vendido del país y su correspondiente *tour* ya estaba generando cantidad de publicidad. Por fin, la capacidad cuidadosamente planificada de Alice para escandalizar estaba empezando a generar enormes dividendos. Mi primer contacto con la banda tuvo lugar en agosto de 1971. Para entonces ya habían editado tres discos, titulados *Pretties for You*, *Easy Action* y *Love It to Death*. Los dos primeros no habían tenido el menor éxito. *Love It to Death* alcanzó el puesto 32 en la lista nacional de álbumes. Uno de sus sencillos, titulado "I'm Eighteen", cosechó un éxito moderado. En cualquier caso, el grupo aún no era famoso; la mayor parte del país seguía sin haber oído el nombre «Alice Cooper» y quienes sí lo habían escuchado probablemente debieron de dar por hecho que Alice era una mujer. La banda se estaba esforzando por labrarse unas señas de identidad propias y, el día que los conocí, me pareció que habían ido a dar con una fórmula bastante efectiva.

El encuentro tuvo lugar en un estudio de Chicago durante las sesiones de grabación de su cuarto LP. Cuando llegué, Alice estaba cantando uno de los nuevos temas. Se titulaba "Dead Babies" (Bebés muertos) y desarrollaba la que posiblemente fuese la idea más ofensiva explotada hasta la fecha en la historia de la música popular. Por algún motivo, aquellos cinco jóvenes habían considerado buena idea lanzar una contundente canción de rock and roll sobre una chiquilla llamada Betty que «se tragó medio kilo de aspirinas» y murió.

Observé con incredulidad mientras Alice grababa las partes vocales de “Dead Babies”. El mero concepto de una canción centrada en la muerte accidental de una niña pequeña se me antojó tan repugnante para los gustos del público mayoritario que dudé sobre la conveniencia de escribir al respecto. Pero, por supuesto, lo hice; y lo mismo hicieron muchísimos otros periodistas de todo el país tan pronto como el álbum salió a la venta. Era justo lo que Shep Gordon y la Alice Cooper Band estaban deseando. Fue el punto de partida para una avalancha de publicidad negativa que, con el tiempo, iba a convertir al grupo en uno de los más populares del mundo.

De repente, a los aficionados al rock se les comenzó a llenar la boca con anécdotas sobre aquella panda de chungos que cantaba sobre «bebés muertos», y todos los antiguos rumores que el grupo había intentado poner en circulación sin éxito resurgieron para correr como la pólvora: que si Alice Cooper era homosexual y sus músicos, travestis; que si los miembros de la banda le arrancaban la cabeza a una gallina todas las noches sobre el escenario y se bebían su sangre... Nada de todo aquello era cierto, pero indudablemente ayudó a popularizar el nombre. En Charlotte (Carolina del Norte), una muchacha le contó a su madre que había salido «asqueada» de un concierto de Alice Cooper y un periodista del diario local escribió un artículo al respecto. Shep Gordon intentó que las agencias se hicieran eco de la noticia, empeñado en que los grandes medios informasen de que Alice Cooper se estaba ganando la reputación de ser la banda más morbosa y degenerada de Estados Unidos. La publicidad engendró más publicidad. El número de curiosos fue en aumento. Las ventas de sus discos se incrementaron. Las entradas para los conciertos empezaron a agotarse. *Killer*, el álbum del que formaba parte “Dead Babies”, alcanzó el puesto número 28 en las listas. Su siguiente LP, *School's Out*, llegó al cuarto. Y ahora *Billion Dollar Babies* iba camino del número uno.

Aunque durante aquella progresión había vuelto a coincidir con el grupo en varias ocasiones, para entonces había transcurrido un año desde mi última charla con Shep. Justamente había sido el año en que Alice Cooper había dado el salto definitivo, dejando de ser

una banda emergente para establecerse como uno de los principales reclamos del mundo del espectáculo. Supuse que probablemente se habrían alojado en el Hilton de Indianápolis, de modo que telefoneé al hotel y pregunté por Shep.

«Lo siento, tenemos órdenes estrictas de no pasarle ninguna llamada a ningún miembro del grupo».

Aquella era la primera vez que me ocurría algo similar desde que les conocía. Antes de triunfar a lo grande, habrían dado un porcentaje de sus *royalties* a cambio de asegurarse de que alguien seguía sus pasos de cerca. Al parecer, ahora necesitaban medidas de seguridad propias de un supergrupo.

Tardé media hora en convencer al subdirector del hotel para que me pusiera con Shep. «¿Dónde estás?», preguntó. «Deberías ver esta gira. Por fin la cosa está cuajando. Es increíble». Acordamos vernos para cenar en su hotel.

Conseguí encontrar a un miembro de la administración de la universidad que se dirigía al centro y me apalanqué en su coche. Cuando me dejó delante del Hilton, me preguntó a quién iba a ver. «He quedado con unos amigos de Alice Cooper», respondí, suponiendo que el administrador asumiría sin más que me estaba refiriendo a alguna chica local.

«¿En serio?», exclamó. «¿Alice Cooper? ¿Lo conoces? ¡Es alucinante! ¿Cómo es en persona? ¿Es marica como dicen? ¿Crees que podrías conseguirme una foto suya para mis hijos?».

O sea que el plan había funcionado de verdad. Hasta el administrador de una pequeña universidad religiosa de Indiana sabía exactamente quién era Alice Cooper. Me dirigí hacia el vestíbulo y mi cena con Shep Gordon.

* * *

Naturalmente, la idea de promocionar a un intérprete de rock and roll haciendo hincapié en su naturaleza ofensiva para el público adulto y convencional no era nueva. Alice Cooper únicamente la estaba revitalizando. Habían transcurrido casi veinte años desde que el ardid fuese puesto en práctica de la manera más eficaz posible con objeto de

crear al primer y más memorable fenómeno roquero: el mismísimo Elvis Presley. En 1956, la revista *Parade* recalcó que «quizás no haya existido en la historia otro artista capaz de provocar un rechazo tan violento en toda una generación del público y una lealtad tan fanática en otra» como la suscitada por Presley.

Elvis meneó la entrepierna frente a Norteamérica mientras cantaba canciones de rock elemental y fue aborrecido por gran parte de la población mayor de edad. Los sociólogos le responsabilizaron de «canalizar una oleada de pulsiones sexuales adolescentes». Los próceres de la Iglesia lanzaban diatribas en su contra desde los púlpitos, advirtiendo a los padres de que Presley representaba la caída en desgracia de sus hijos, que incitaba revueltas y fomentaba la delincuencia juvenil. Los periódicos tildaron su presencia escénica de obscena, indecente, salvaje. Los críticos lo tacharon de «indescriptiblemente vulgar» y exigieron que se le prohibiese actuar en televisión. La revista *Life* dedicó numerosos reportajes de varias páginas a la controversia provocada por Presley, señalando pertinazmente que, a lo largo y ancho del país, los preocupados progenitores se preguntaban cómo combatir la pujanza de Elvis.

Era otra época y Presley tampoco alardeaba innecesariamente de su imagen. Es cierto que las revistas cinematográficas informaron de que le gustaba satisfacer a las jóvenes cazadoras de autógrafos plantándoles su nombre en el escote con lápiz de labios, pero cada vez que se le preguntaba por la sexualidad de sus actuaciones, Elvis siempre respondía con inocencia: «Jamás haría nada obsceno sobre el escenario. Simplemente me muevo de esa manera porque me dejo llevar por la música».

La prensa se volcó con entusiasmo en el cantante de Memphis; su historia era llamativa e incitante, y tenía un público garantizado tanto entre los jóvenes que adoraban a Elvis como entre sus padres, que lo odiaban. Hedda Hopper, la columnista de Hollywood, escribió: «Aplaudo a los padres con hijos adolescentes que están haciendo campaña para que se prohíban la sangre, el horror y las historias de camorristas en la tele. Ahora deberían redoblar sus esfuerzos contra

este nuevo y supuesto cantante, Elvis Presley». Un crítico musical inglés llamado Tom Richardson confesó ante sus lectores: «No conozco a Elvis Presley, pero ya me repele [...]. Sé que se trata de un individuo peligroso». Dick Williams, el redactor jefe de Espectáculos del *Los Angeles Mirror-News*, escribió: «Si realmente fuera necesaria otra prueba para demostrar que lo que ofrece Elvis no es música sino una exhibición de sexualidad, nos la proporcionó anoche. [El concierto de Presley] fue como uno de aquellos mítines desproporcionados y bochincheros con los que los nazis solían recibir a Hitler».

A no tardar, Elvis había pasado a personificar el lado oscuro de la adolescencia estadounidense. Al mismo tiempo, iba camino de convertirse en el mayor éxito de la industria del entretenimiento del siglo XX. El público se tragaba toda su publicidad. Incluso adolescentes que nunca habrían sentido interés por ningún otro músico se sintieron atraídos por Presley; los medios lo habían convertido en un símbolo de toda la juventud... o al menos del modo en que los jóvenes fantaseaban sobre sí mismos en sus momentos más atrevidos y chulescos. Mientras tanto, los padres percibieron en Elvis una amenaza, la amenaza de perder a sus hijos frente a todas las fuerzas negativas que poblaban sus pesadillas. Recuerdo una mañana, cuando yo tenía diez años, que me pasé todo el desayuno perorando sobre Elvis hasta que, de repente, mi padre me interrumpió diciendo: «¡Basta ya! No quiero volverte a oír hablar del tal Presley». Le pregunté qué tenía de malo Elvis. «¿Que qué tiene de malo Elvis?», exclamó él. «Te diré lo que tiene de malo Elvis. Si estuvieras caminando por un callejón y Elvis viniera en dirección contraria y no le gustase la insignia de tu camisa... ¡se acercaría a ti y te la arrancarí!» Al tiempo que pronunciaba aquellas palabras, mi padre alargó la mano por encima de la mesa de la cocina e intentó arrancar el cocodrilo del polo que llevaba puesto.

La indignación que provocaba Presley abarcaba también a sus imitadores en el mundillo del rock. Pronto, las críticas contra Elvis se hicieron extensibles a todo aquel estilo musical aún en ciernes. Frank Sinatra declaró: «El rock and roll es falso y artificial. Cantado,

interpretado y compuesto en su mayor parte por cretinos y mostrencos, [consiste en] la reiteración idiota de versos chuscos e indecentes, cuando no directamente obscenos, [...] que lo convierten en la marcha militar de todos los delincuentes con patillas sobre la faz de la Tierra». Cada vez que se producía algún altercado en un concierto de rock, las agencias de noticias se encargaban de amplificarlo, equiparando la música con destrucción, sexo y algaradas adolescentes. Naturalmente, todo esto únicamente sirvió para reforzar su atractivo. El rock and roll era algo ilícito, proscrito, ¿cómo no iba a prosperar?

Llegados los años sesenta, el rock se había afianzado. Toda una generación de jóvenes estadounidenses habían crecido obsesionados con él hasta el punto de convertirlo en el nuevo estándar de la música popular. Con los Beatles, los Rolling Stones y Bob Dylan, incluso comenzó a adquirir cierta respetabilidad. El rock dejó de ser simplemente una banda sonora para quinceañeros desesperados por mojar. Los aficionados originales se estaban haciendo mayores y, para aquellos que asociaban su primera experiencia como compradores de discos con Elvis y otros roqueros pioneros, el rock and roll representaba su herencia musical. Los intérpretes más destacados podían acceder ahora a unos niveles de fama y prosperidad reservados anteriormente a las estrellas de cine. Las técnicas de grabación fueron ganando en sofisticación y los roqueros empezaron a ser tratados como artistas legítimos, tanto por las empresas discográficas que los necesitaban como por el público que los adulaba. Los hubo que incluso se vieron ensalzados como poetas y profetas, portavoces y genios. Algunos —James Taylor, Chicago, los Carpenters— grabaron discos atractivos para adolescentes, padres y abuelos por igual. Nacieron publicaciones como *Rolling Stone* con objeto de informar sobre la que pasó a ser conocida como «la cultura del rock». Las universidades le abrieron sus puertas ofreciendo cursos especializados. Llegada la década de los setenta, las mismas canciones que tanto malestar e irritación habían causado en Estados Unidos hacía apenas tres lustros podían oírse en televisión anunciando «recopilatorios» nostálgicos diseñados para fomentar el recuerdo de una época más plácida. El mismísimo Elvis,

convertido ahora en un elemento vital de la economía de Las Vegas a la altura de Shecky Greene y Dean Martin, llegó a ser agasajado como uno de los «Diez jóvenes más destacados de América» por la Cámara de Comercio Júnior. El rock and roll había madurado.

Fue en esta atmósfera en la que irrumpió Alice Cooper.

* * *

Nada más entrar en el vestíbulo del Hilton de Indianápolis capté la excitación que impregnaba el ambiente. Por un día, el hotel había pasado a ser un epicentro roquero y la sensación era inconfundible, casi palpable. Junto a la puerta principal, dos chóferes uniformados aguardaban sentados en un sofá mientras escuchaban a un joven bajito, regordete y frenético que llevaba el pelo a la altura de los hombros y una chaqueta vaquera con el logo de Warner Bros. bordado a la espalda. Era un representante de la discográfica de Alice; uno de tantos, enviados a distintas ciudades por las grandes multinacionales para coordinar las ventas locales de sus artistas durante las giras, así como para consentir los caprichos de las estrellas de rock.

«Lo digo en serio», recriminó el joven en un tono más elevado del necesario a uno de los chóferes. «Es un recado para Alice».

«¿Qué quiere que le diga?», replicó el chófer, que le sacaba al menos treinta años al representante de Warner. «El señor Gordon ha ordenado que ninguna de las limusinas se mueva de aquí salvo para ir al Coliseum».

El representante de Warner levantó ambos brazos, exasperado. «Mire», insistió, «sé perfectamente lo que le ha dicho Shep Gordon, pero estamos hablando de Alice. ¿Le entra en la mollera? Acabo de estar con él y dice que quiere unas hamburguesas de White Castle. ¡Se muere de hambre!». Le tendió al chófer un billete de veinte dólares. «Tenga. Busque un White Castle y tráigase una bolsa de hamburguesas, por favor. Alice lo autoriza».

El vestíbulo estaba repleto de chicas jóvenes que vagaban de acá para allá, esperando a ver si a alguno de los presentes se le escapaba el dato de en qué piso estaban las habitaciones del grupo. El hotel había incrementado las medidas de seguridad y un par de guardias de

paisano montaban guardia junto a los ascensores. Los recepcionistas atendían continuamente el teléfono para negar que la Alice Cooper Band estuviera alojada en el Hilton mientras los *roadies* del grupo entraban y salían sin parar, yendo y viniendo del recinto en el que estaban levantando el escenario para el concierto.

Subí en ascensor hasta el restaurante situado en la última planta, donde había quedado con Shep Gordon. Me esperaba sentado a una mesa junto a la ventana, observando el tranquilo paisaje urbano de Indianápolis mientras manoseaba un pañuelo con el que iba a sonarse la nariz aproximadamente cada treinta segundos durante el transcurso de nuestra conversación. Se había constipado durante la gira, pero tenían programadas tantísimas paradas de una sola noche que no podía tomarse un par de días libres para quedarse en la cama recuperándose. Aunque tenía veintiocho años, con sus rasgos marcados y su cabello ensortijado en retirada bien podría haber pasado por cuarentón. Llevaba cinco años siendo el representante de la Alice Cooper Band y en ese lapso de tiempo les había guiado desde el anonimato compartido con otros miles de grupos de rock de todo el país hasta el punto en el que ahora se encontraban, convertidos en el conjunto más polémico y lucrativo del planeta. Gordon apenas se había tomado unos pocos días de vacaciones durante todo aquel lustro y su trabajo estaba empezando a dar sus frutos. El nombre «Alice Cooper» había pasado a tener una entidad propia, clara y definida, y Shep Gordon iba camino de hacerse millonario.

«Te costaría creer cómo está yendo esta gira», me dijo Shep. «Todo aquello sobre lo que solíamos hablar se está haciendo al fin realidad. Aforo completo todas las noches. Hoteles invadidos por los fans. He tenido que ponerle un guardaespaldas a Alice. El álbum va a llegar al número uno. Deberías ver a las chavalas. No se parecen en nada a las que solían rondarnos antes. Las de ahora son despampanantes, noche tras noche. ¿Te acuerdas de hasta qué punto teníamos que esforzarnos para que los medios nos hicieran caso? Ahora es una locura, los periodistas vienen al aeropuerto a recibirnos, tenemos que organizar ruedas de prensa porque son tantísimos que Alice ya no

puede atenderles individualmente. Creo que debería estar hospitalizado, no consigo librarme de esta condenada gripe, pero me da miedo dejarles solos. No puedo ausentarme justo ahora que las cosas empiezan a ir rodadas».

Gordon es alto y tiene una nariz prominente, cejas pobladas y bigote de Groucho Marx. Como además emplea gafas de montura ancha, luce igual que si llevara puestas unas de esas con mostacho y narizón que venden en las tiendas de artículos de broma. Por eso, una cuchufleta habitual en el grupo consistía en que todos sus integrantes se disfrazasen con gafas de pega para recibirlo cuando sabían que estaba a punto de entrar en la habitación. Además de leerse todas las publicaciones musicales, como es de rigor entre los representantes del ramo, Shep también devoraba libros como *The Advance Man*, la autobiografía en la que Jerry Bruno describió su día a día como organizador de las apariciones personales de John F. Kennedy. A Gordon le fascinaban sus tácticas para lograr que una persona normal pareciese una estrella imparable. Por ejemplo, le impresionó el hecho de que Bruno nunca alquilase para Kennedy recintos tan amplios como para correr el riesgo de que se viesen asientos vacíos, sino que prefería emplear espacios más reducidos para asegurarse de que siempre se quedase fuera un nutrido grupo de espectadores, amontonados frente a las puertas. Gordon había imitado la táctica de Bruno: incrementando paulatinamente el caché de la banda y optando por actuar en auditorios pequeños aun cuando podría haber accedido a otros de mayor aforo, había conseguido vender la imagen de que Alice Cooper gozaba de tal poder de convocatoria que en todos y cada uno de sus conciertos había fans desesperados por haberse quedado sin entradas. Con el tiempo, la ilusión se había hecho realidad: Cooper estaba agotando ya todas las localidades en los principales pabellones de cada ciudad en la que actuaba.

Gordon tenía la costumbre de hablar en tono tranquilo y mesurado, tirándose con frecuencia del lóbulo de una oreja. No alzaba la voz prácticamente nunca. Ya sólo esto lo alejaba de inmediato del estereotipo de *manager* de grupo de rock. No parecía jactancioso, estridente,

avasallador, impaciente ni arisco. Era consciente de que esta imagen le resultaba ventajosa a la hora de hacer negocios y había aprendido a disimular sus estallidos de ira y vitriolo bajo una fachada de serenidad. A menudo remataba sus frases con entonación interrogativa, aunque estuviera afirmando en vez de preguntando: «¿Luego iremos al Coliseum? ¿Las entradas llevan dos semanas agotadas? ¿Anoche hablé con Alice y me dijo que ya no le dolía la garganta?». Gordon había perfeccionado hasta tal punto este caparazón de ecuanimidad que no lo dejaba de lado ni siquiera cuando se veía obligado a afrontar tres o cuatro crisis simultáneas.

Pedimos la cena. Shep sabía que me había pasado gran parte del año anterior viajando con candidatos presidenciales y tenía muchas preguntas al respecto. Estaba particularmente interesado en los detalles referentes al modo en que las campañas políticas se desplazan, visitando varias ciudades en un solo día a pesar de arrastrar consigo a un número considerable de profesionales que en ocasiones pueden llegar a las doscientas cincuenta personas. Charlamos sobre ello durante la cena y, mientras esperábamos el postre, Shep me preguntó qué planes tenía a continuación.

Le conté mi idea para un libro centrado en el mundillo del rock and roll y manifesté mi reticencia a enfocarlo desde fuera, pues estaba convencido de que necesitaba experimentarlo todo como participante, más como un intérprete que como un observador distanciado. Peroré sobre lo que me parecía que había acabado significando el rock, así como el éxito y el estilo de vida que representaba; el modo en que aquella música, reproducida en tocadiscos o en la radio del coche, se había impuesto como una banda sonora personal para millones de estadounidenses. Le dije que la experiencia del rock and roll, tal como la vivían los jóvenes que estaban creando la música, labrándose una fama y cosechando las recompensas, era algo que me gustaría investigar, experimentar y llegar a comprender. Al fin terminé mi monólogo.

«¿Por qué no lo haces con nosotros?», preguntó Gordon.

Parecía estar hablando en serio. Hasta aquel momento ni se me había pasado por la cabeza abordar con mi idea a ninguno de los

considerados como «supergrupos». Las bandas de rock son entornos reducidos e inevitablemente entran en juego egos muy desarrollados a la hora de decidir quién se les une en el escenario o participa en la grabación de un álbum. Yo daba por hecho que, una vez que un grupo ha llegado a la cima, sus miembros ni se plantearían permitir que un reportero se les uniese como intérprete. Para entonces ya no necesitan la publicidad y están tan acostumbrados a trabajar según los métodos que han ido desarrollando desde el inicio de su carrera que añadir un nuevo elemento a la *troupe* les resultaría impensable. Supuse que si alguna banda accedía a mi propuesta sería sin lugar a dudas un conjunto local y semidesconocido, deseoso de salir en los papeles, pero esas bandas no habitaban aún el mundo sobre el que yo deseaba escribir. Sinceramente, ni se me había ocurrido abordar a Shep con la petición de unirme a Alice Cooper, a pesar de que se trataba de un grupo ideal para mi propósito. No sólo había cosechado un éxito global tremendo sino que además, debido a la naturaleza concreta de su gancho y a los polémicos excesos de su espectáculo escénico, suponía un ejemplo paradigmático de hasta dónde había llegado el rock and roll a mediados de los setenta. Compartí estas reflexiones con Shep.

«Ven esta noche a ver el concierto», dijo. «Vamos a darle unas vueltas. Me gusta la idea».

* * *

Estaba de rodillas, oculto tras una inmensa torre de amplificadores a la derecha del escenario. Los teloneros acababan de terminar y se habían refugiado en su camerino. A escasos metros de mí, los pipas de Alice Cooper ultimaban los preparativos para la salida al escenario de los cabezas de cartel.

Desde mi punto de observación, no parecía quedar ni un solo hueco libre en todo el estadio. Durante el paseo que me había dado por Indianápolis el día que llegué para participar en el seminario de periodismo, la ciudad me pareció falta de gente joven. Sin embargo, esa noche se habían materializado allí más de diez mil adolescentes. Viendo la cantidad de *tops* ajustados, ombligos al aire, melenas y

vaqueros, uno podría haber creído fácilmente que se encontraba en Los Ángeles o Miami.

Delante del escenario se había levantado una valla para crear un metro de separación entre el público y los músicos. Era una barrera de escasa altura que no obstaculizaba la visión de los espectadores, los cuales podían apoyarse en ella. En el espacio entre la valla y el escenario, un puñado de jóvenes acomodadores que vestían americanas azules controlaban el auditorio. Parecían nerviosos. Antes incluso de que hubiera dado comienzo el concierto de Alice Cooper, la muchedumbre estaba ya frenética, peleando por acercarse lo máximo posible a la barrera entre empujones y vaivenes. Las personas que habían pagado asientos en las primeras filas no iban a ver nada a menos que se pusieran de pie, pues centenares de fans llegados desde atrás pugnaban por contarse entre los afortunados que iban a ocupar la zona que mediaba entre la primera hilera de butacas y la barrera.

Me resultó hipnótico observar tal frenesí. Aunque había visto otros conciertos de Cooper con anterioridad, ninguno había sido así. Lo que estaba presenciando era la clase de exaltación nerviosa, embriagada y sumamente física que uno asocia con los primeros conciertos de los Beatles o de los Rolling Stones. Sin embargo, aquella noche las estrellas de la velada ni siquiera habían salido aún al escenario y la concurrencia ya parecía haber alcanzado su paroxismo de energía. Shep tenía razón; Alice Cooper había triunfado a lo grande y el panorama que tenía delante era la prueba. Se trataba de una escena absurda; contemplé aquella ávida, estentórea y mutable masa de humanidad que se apretujaba contra la barrera, después giré la cabeza para pasear la mirada por el escenario y sólo vi carpinteros, electricistas y pipas, moviendo equipo y atrezo, ajenos a los gritos de las miles de personas que se apelotonaban a sus pies.

El montaje era ciertamente impresionante. El decorado tenía varias alturas e incluía torres, plataformas y escaleras festoneadas con focos. De las torres colgaban relucientes bolas de espejos y maniquís dorados. Por detrás del escenario se alzaba una gran figura totémica que proyectaba intensos haces de luz por los ojos. El decorado era

tan complejo y sugerente como un centro de control aeroespacial, no podía estar más alejado de los escenarios mundos y lirondos que empleaba la mayoría de las bandas de rock and roll. Shep me había contado que aquel montaje y aquel espectáculo suponían la culminación de lo que el grupo llevaba intentando construir desde el comienzo. Al inicio de la gira, Alice había declarado ante la prensa: «Pues claro que la gente es cada vez más morbosa; nosotros también. Y cuanto más morbo pidan los chavales, más morbo les daremos».

Las luces del recinto se apagaron. Una nueva acometida de espectadores se sumó al griterío de los que ya se apiñaban contra la barreira. Los músicos de Alice Cooper ocuparon sus posiciones, repartidas por las distintas alturas del decorado, y agarraron sus instrumentos; el batería probó el bombo. Todos ellos vestían uniformes blancos de satén sobre los que habían bordado símbolos de dólar con bisutería verde. Destacaban en mitad de la oscuridad. Y entonces una voz atronó por el sistema de megafonía del estadio: «Y ahora, con ustedes, los genuinos bebés milmillonarios de América... los legendarios... ALICE... ¡¡¡COOPER!!!».

La banda se arrancó con los primeros acordes de la canción y el recinto se llenó con su música amplificada a un volumen cercano al umbral del dolor. Una pantalla de humo inundó la parte delantera del escenario y, caminando pausadamente entre la niebla, medio agazapado, apareció Alice. La canción era “Hello! Hooray!”, un tema ideado para empezar los conciertos, cuya letra especifica literalmente que el cantante está listo para la acción y se siente con fuerzas sabiendo que el público va a adorar cada momento y cada grito. «¡Hola! ¡Hurra! Que empiece el espectáculo».

El aspecto de Alice era impresionante. Vestía un esquiama blanco ajustado, lleno de rotos, desgarrones y manchas. Una de ellas, de un rojo repulsivo, se extendía alrededor de su entrepierna, como si hubiera estado sangrando por salva sea la parte. También calzaba unas botas de caña muy alta con estampado de leopardo y tacones de treinta centímetros. Avanzó a trompicones con aquellos zancos hasta el borde del escenario, apartando el humo con las manos. Se había pintarrajeado

con rímel negro la comisura de los labios y alrededor de los ojos. La melena oscura y grasienta le llegaba hasta los omoplatos.

Al otro extremo del escenario aguardaba un maniquí colocado sobre un pie de micrófono. Era un torso de mujer, únicamente el vientre y los senos. No tenía cabeza ni piernas. Alice se acercó al maniquí. Sin dejar de cantar “Hello! Hooray!”, empezó a acariciarle los pechos. Le pellizcó los pezones. En primera fila, unas chicas de catorce años extendieron los brazos hacia el cantante, profiriendo chillidos de placer. Alice se puso de rodillas con un brillo libidinoso y enloquecido en la mirada. Colocó la lengua debajo del maniquí y le dio unos rápidos lametones. Luego se levantó, le sobó bruscamente los senos por segunda vez y a continuación le asestó un golpe tan salvaje que lo arrancó del pie del micro y lo lanzó volando hacia la parte trasera del escenario.

Detrás de él, la banda estaba pasando ya a la siguiente canción. Era el corte que daba título a su álbum más reciente, *Billion Dollar Babies*. La letra habla sobre una chiquilla «más escurridiza que una comadreja» y «mugrienta como un callejón». La perfecta antítesis de la típica canción de amor. Alice comparaba a su novia con una perra rabiosa y espumarajante, y en vez de prometerle tiernas caricias cantaba la siguiente advertencia:

*If I'm too rough, tell me.
I'm so scared your little head
Will come off in my hands...¹*

La música sonaba rítmica, elemental y musculosa, rock duro de toda la vida. La voz de Alice, sin embargo, era un semiquejido demente, una aproximación intencionada a las inflexiones de un psicótico torturado. Mientras cantaba, Alice continuó deambulando al borde del escenario. Los jóvenes de las primeras filas intentaban tocarlo,

1. «Si soy demasiado brusco, dímelo / Me da miedo que tu cabecita / pueda desprenderse entre mis manos». (*Todas las notas son del traductor*).

estirándose por encima de la barrera. Alice se detuvo bruscamente. Carraspeó un par de veces hasta producir algo de flema y se la escupió al público. Lo hizo en repetidas ocasiones, cada vez que conseguía reunir suficientes esputos. Si algún aficionado conseguía alargarse la mano lo bastante como para llegar a tocar el escenario, Alice se la apartaba de una patada con su bota de leopardo. Sin dejar apenas un segundo de pausa, la banda enlazó la segunda canción con la tercera, “Elected”, cuya letra recoge el llamamiento de un roquero a sus fans para que lo lleven hasta el despacho oval, donde «jóvenes y fuertes» podrán vivir sometidos a sus decretos. Alice gruñó amenazadoramente su requerimiento:

*I'm your top prime cut of meat,
I'm your choice,
I wanna be elected...²*

Me concentré en los espectadores. Desde mi posición a un lado del escenario, alcanzaba a ver sus ojos. Estaban enardecidos, sí, pero ese es el efecto que tiene entre el público cualquier buen concierto de rock and roll. En un gran recinto, los altavoces son tan potentes que uno puede experimentar físicamente el sonido del bajo, puede sentirse sacudido por la percusión, puede incluso notar en la piel las punzadas de un solo de guitarra. La música es excitante y estar ahí oyéndola y absorbiéndola con todo tu cuerpo al tiempo que ves a los músicos interpretarla sobre el escenario resulta embriagador, por lo que el hecho de que el auditorio se sienta estimulado es la regla, no la excepción. Sin embargo, aquella noche con Alice Cooper percibí un elemento adicional. Gran parte del público parecía tener problemas para respirar con normalidad. Algunos asistentes tiritaban sin parar. Junto a la barrera, dos chicas habían perdido el conocimiento debido al calor y la presión de la multitud que se amontonaba detrás de ellas y colgaban inertes sobre las vallas. Sin embargo, los chavales que

2. «Soy tu corte favorito de la mejor carne / Soy tu opción / Quiero ser elegido».

las rodeaban no parecían haberse percatado. No podían apartar la mirada de Alice. Más que simplemente enardecida, la gente parecía exaltada, posea, casi hipnotizada por lo que estaba presenciando. Aquello era lo que, supuestamente, el rock and roll había dejado de ser: algo prohibido, peligroso y descontrolado. Una muchacha lloraba arrobada sin dejar de tender el brazo hacia el cantante para que éste se lo pateara o le escupiera. Alice terminó “Elected”, se sentó en el borde del escenario dejando que sus piernas colgaran frente al público y empezó a cantar “I’m Eighteen”, su hosco himno al mocerío en el que ensalzaba la idea de ser un joven irascible, confuso y desesperado por huir de tu ciudad natal:

*I’m eighteen and I don’t know what I want...
I gotta get out of this place...³*

Alice vio una lata de cerveza vacía tirada a su lado sobre el escenario. La cogió y se la metió en los leotardos, abultando su entrepierna. El público arrojó más objetos —cubos de flash, vasos de cartón, papeles estrujados— que fueron a unirse a la lata en la bragadura de Alice, el cual siguió cantando “I’m Eighteen” mientras se acariciaba ocasionalmente aquella protuberancia cada vez más prominente.

El espectáculo continuó de esta guisa. La temperatura en el estadio era elevada y hacia la mitad del concierto el número de espectadores desmayados en las primeras filas había aumentado. Podía verlos con claridad y también podía ver que nadie iba a ayudarlos. Varios de ellos, inmovilizados por la increíble masa de cuerpos, ni siquiera se habían desplomado, sino que se mantenían erguidos, inconscientes, debido a la presión a la que estaban sometidos desde todos los lados. No obstante, los fans capaces de soportar el calor y la atmósfera sofocante parecían encantados con el espectáculo, que continuó con “Raped and Freezing”, “No More Mr. Nice Guy” y “Mr. Stars”.

3. «Tengo dieciocho años y no sé qué es lo que quiero / Tengo que escapar de este agujero».